

Guayaquil, 12 de noviembre de 1927.

Al Sr. Dr. D.

Ramiro Romero León.

Cuenca.

Papacito mío:

De nuevo nuestra carne es carne de sepulcro... Pero esta vez ha sido carne infantil... Pobrecito hijo mío...

Dieciséis mortales días devoró el mal al chiquitín. Se creyó, primero, que se trataba de una fiebre intestinal. El médico muerta así lo aseguró, sin saber que se equivocaba como un infeliz. Tarde y mañana estaba a verlo; pócima por pócima, todas había ensayado; hasta que una vez hubo que ponerse serio ante su inutilidad. Las mujeres de casa, con ese instinto maternal que Dios prodiga en ellas descubrieron en la cama un chinchero, y hallaron en el cuerpecito del niño la picadura que había de llevarlo a la tumba. En efecto, confirmó el médico la picadura; callando en la nalguita, al lado derecho del enfermito, un formidable absceso. Lo vé, lo palpa, y es tan bruto, que no lo conoce. Solamente después de cinco días y cuando ya el pus, rompiendo los débiles tejidos, circulaba en la sangre, se le ocurre al hombre indicarnos que es necesaria la intervención del cirujano. No perdemos tiempo, llevamos al niño a la clínica del Dr. Gilbert. Para eso, ya el dos de había bautizado en la Capilla del Palacio Episcopal. Entre el tres, a las nueve de la mañana, el preciso momento en que el cirujano rompía la bolsa de pus, cuya cantidad pasó de cien gramos, llegando talvez a ciento veinte, y cuya presión era tan alta que hizo afirmar que la formación del absceso tenía un gran número de días, exactamente coincidentes con el primero en que tanto se fastidió el angelito y en el que se encontr-

tró el chanchorro. Cinco fatales días había dejado que el pus estuviere haciendo sus estragos... Gilbert opinó poco que no había tiempo que perder, en detenerse a analizar la causa del mal. Creyó también que la puerta de entrada de la infección podía ser el ombligo, pues no lo tenía bien, y en este caso, parte de la responsabilidad toca a la mujer que atendió a Maruja en el alumbramiento... De todos modos, se procedió a la operación, como dejó dicho... Dos o tres días después, todo parecía conjurado. La herida se cicatrizaba aparentemente, la fiebre disminuía, hasta el aspecto del chiquito estaba cambiado... Pero, a la una de la mañana del día siete, Maruja que se dedica a mudarlo, observa que la mirada del hijito está en plena conjuntivitis, que hay un enfriamiento espantoso, que el mal avanza a pasos de gigante... La alarma de la familia es espantosa, viene un Dr. Carbo, acreditado que dicen para curar niños, y se constata que una septicemia generalizada galopa a resolverse en meningitis... El angelito se retuerce de dolor, sus ojos se oscurecen, las tibiass curvan; en los puñitos apretados y el cerebro echado para atrás, soporta convulsión tras convulsión de las que se suceden, es calofrío a los que le miramos en ese estado... Toda la noche es de una angustia indescriptible... Hacia la madrugada, el termómetro ya no señala temperatura ninguna... El enfriamiento ha sido terrible... Y a las ocho en punto del día ocho, a los catorce de enfermedad y a los treinticinco de nacido - Remigio Alfredo se duerme para siempre....

Qué horror, ¡Dios mío!... Qué horror... No acierto a seguirle refiriendo lo demás...

Luego, el entierro a las cinco de la tarde... El balcocofrecito, el carpentero, tantas cosas...

Maruja... pero, para qué hablarle de esa pobre madre...

Bendíganos, ahora más que nunca, porque hay muchas penas en nuestras almas casi vencidas por la vida... mejor dicho, vendidas por la muerte.

uyo

Remigio

en ellas,